

Los núcleos rurales se quedan vacíos

«Todo esto ye demasiao tranquilo, falta música», dice la abuela de la zona

Viene de la página anterior

Desde hace poco tiempo hay televisión en el pueblo. «La antena está instalada en la iglesia, pero como no tenemos repetidor, sólo vemos la primera cadena». La iglesia sólo se usa para el culto de pascuas en ramos. «De vez en cuando aparece por aquí el cura de Cangas, que es de Avilés, y nos da una misa».

Los inviernos son especialmente duros para estos vecinos, que ven cómo la nieve les deja incomunicados durante días. «En la última nevada estuvieron quince días sin poder subir los coches y quedamos más de una semana sin teléfono».

En la otra casa habitada viven Herminio Llamazales, su esposa, Florentina Llamazales, y sus hijos César y Arsenio. «Nosotros nacimos en Tolivia, pero vinimos a Casielles por los guajes, para que fueran a la escuela. Ya llevamos aquí 47 años», comenta Herminio. El matrimonio recuerda con nostalgia su pueblo natal. «Ahora las casas en Tolivia están todas medio caídas. Llegamos a ser seis vecinos, pero ya no queda nadie, ¿pa qué vamos ya dir p'allá?».

Diez hijos tuvo el matrimonio, aunque sólo dos quedan con ellos en el pueblo. «Fueron marchando todos, pero tenemos hasta un hijo en Alemania. Eso queda muy lejos, pero de vez en cuando nos llama por teléfono y se oye como si estuviera al lado. También nos escribe, pero las cartas ¡tardan tanto en llegar!», dice Florentina. A Casielles llegaron para «estudiar» a sus hijos y aquí se instalaron. «Toi quemáu del trabajo y de la pila de años que tengo», se lamenta Herminio.

En la antojana de la casa se reúnen a conversar las dos únicas familias de Casielles. «Claro que nos vemos todos los días o, por lo menos, nos sentimos», dicen. Y es que el silencio y la quietud que reina en el pueblo hace pensar, por momentos, que nadie hay en muchos kilómetros a la redonda.

El único habitante de La Caviella vive como un auténtico ermitaño. Gaspar Simón perdió a su madre, con la que vivía, hace unos años. Desde entonces, se ha acostumbrado a vivir en soledad. Tan sólo baja hasta el bar de La Huera de vez en cuando. Todos le conocen, aunque no habla mucho. Dice que recuerda cuando «en el pueblo llegó a haber siete vecinos, pero hace ya más de siete años que se fue el último de ellos».

A media tarde, Gaspar Simón apura un vaso de tinto mientras escucha a los tertulianos que se reúnen en el bar. «Salgo poco. Atiendo el ganado. Suelo cocinar yo algún pote o bajo hasta aquí a comer». Las únicas voces que escucha allá en el pueblo son las de la radio porque, aunque tiene televisión, «no se ve».

Aparte de cuidar al ganado, Gaspar Simón hace, como la mayoría de los vecinos de la zona, algo de queso de los Beyos. La única casa que queda en La Ca-

viella es la suya, «el resto se cayeron». Tiene algún hermano, «que vive por Gijón» y dice que se ha acostumbrado a vivir «allá arriba, ¿adónde voy a ir ya?». Su aspecto, algo desaliñado, oculta su edad. «Ahora subo caminando hasta La Caviella y bajaré cualquier otro día».

Desde Casielles y siguiendo la angosta carretera se llega hasta Biamón. No se puede hacer todo el camino en coche. El último tramo de la bajada hay que hacerlo a pie o en un vehículo todo terreno. Al fondo, se divisa Biamón, el tercero de los barrios de Casielles. Tan sólo una familia vive ya en el lugar.

En plena «senda del cartero», conocida así porque antaño llegaba hasta el pueblo el cartero, las casas de Biamón se alinean en vertical. Casi una docena de casas quedan, pero sólo una se mantiene en pie.

«Donde uno se cría es donde uno quiere quedarse, pero gustábame más cuando había romerías»

Manuel Hortal Barredo, su esposa, Victoria Rivero Rivero, la madre de ésta, Josefa Rivero González, y un hijo del matrimonio, Manuel, son los únicos habitantes del pueblo. Hace unos años llegaron a vivir tres familias, pero poco a poco se fueron marchando.

Victoria Rivero vivió siempre en Biamón. Fue criando a todos sus hijos, pero sólo queda ya con ellos Manuel. «Es difícil marcharse. Compramos un piso en Gijón, donde vive un hijo, pero con la abuela no podemos movernos de aquí».

Hace unos años vivían en las casas de arriba un hermano de Victoria, el cartero, y una hermana, pero también se fueron. «Es triste vivir tan solos, pero no nos queda más remedio. Tenemos televisión, aunque sólo se ve la primera cadena y, además, hacemos algo de queso, aunque no me gusta venderlo».

Manuel, el hijo, estuvo viviendo en Gijón, pero un accidente le obligó a volver al pueblo. «Estuve tres años en Gijón y me gustaba mucho aquello. Tengo allí un hermano casado. Me gustaría ir, aquello es muy guapo, pero no hay trabajo. Trabajé allí durante todo ese tiempo, pero después del accidente tuve que volver. Además, entrampáronme todos los papeles y no pude cobrar». Es el más joven de la casa y, por tanto, del pueblo. Trabaja con el ganado, aunque confía en que algún día podrá irse.

Josefa Rivero, la madre de Victoria, es la más anciana de la zona. Con 95 años de edad, goza de una envidiable memoria. Esquiva al principio, le cuesta hablar con extraños, pero en seguida se involucra en la conversa-



La localidad de Biamón, de casas alineadas, la mayoría medio derruidas. J. C. MOTA



Josefa Rivero y su nieto Manuel, vecinos de Biamón. J. C. MOTA

ción y recuerda sus años jóvenes, con emoción y lágrimas en los ojos. «Yo nací en La Caviella, esi pueblu donde ya no queda nada más que un vecín. Vine a Biamón al casarme y aquí me quedé ya para siempre. Donde uno se cria es donde uno quiere quedarse».

Josefa tuvo diez hijos. Cuatro se fueron a la Argentina. Tres murieron y uno sigue viviendo allí. «El mi marido fue de guaje a la Argentina. Pasó allí seis años, volvió y nos casamos y tuvimos tres fíos. Luego volvió a marchar a la Argentina porque era prófugo. Estuvo cinco años y quedé sola. Crié a los mis fíos como pude, al estilo probe, todos como una buena madre. Luego, el mi hombre lo arregló para poder volver como libre».

A Josefa lo que más le gusta es la música y el baile. «Siempre me gustó la gaita y bailar, y tocaba el tambor. Bailé mucho de soltera,

porque luego, como al mi marido no le gustaba bailar, se me acabó la copla. ¡Mira que nunca le vi bailar! Pero yo apuntábame a todas. A mí la música gústame muchísimo. Cantaba muchísimo, nunca me cansaba. Voy cantate una copla: "Dicen que cortexas a una / más abaxu de mi casa; / más guapa que yo será, / pero no con tanta gracia". Con los cantares que yo sé hay para escribir un libro grandísimo. ¿Sabes aquel que dice?: "Para que me llamas Laura / no siendo de los laureles, / si los laureles son firmes / y tú para mí no lo eres"».

A «la abuela» de la zona recibir la visita de todos sus hijos, nietos y bisnietos es lo que más le emociona. «Tengo hasta bicácaros (tataranietos) y me quieren todos mucho. Tuve diez hijos y todos me quisieron mucho. Todos salieron muy buenos y cariñosos. Todos fíos de buena ben-

dición. Muriéronme cuatro y uno anda por la Argentina. Viene a verme cuando puede y cuando llega, no soy ni para hablar. Tengo nietos y bisnietos y bicácaros, no sé cuántos, muchos, perdí la cuenta. Vienen mucho a verme y no saben ni dónde ponerme de lo cariñosos que son todos», dice con lágrimas en los ojos.

Las gentes son conversadoras y amables para con los visitantes y a todos cuentan sus anécdotas

Josefa recuerda que hace muchos años estuvo «por Infiesto, pero ya no me acuerdo de cómo es aquello, hace ya tantos años...». Dice que ya nunca se irá de Biamón. «No nos apetece marchar de aquí. Si nos tocara la lotería igual marchábamos, pero como no jugamos nada más que para Navidad, no creo que nos toque». Si de algo se queja es de la tranquilidad. «Esto ye demasiado tranquilo, a mí me gusta que haya música y gente».

La soledad de estas gentes contrasta con la amabilidad hacia los visitantes. Son conversadores y gustan de contar anécdotas de tiempos pasados. «Nun me perdía yo una romería, aquello sí que era música, y no lo de les discoteques de hoy en día». A Manuel Hortal, como a su suegra, la música siempre le gustó. Pasea por los prados de los alrededores y saca el ganado, «que con éstos siempre hay que estar uno esclavo».

Manuel, el marido de Victoria, vivió siempre en Biamón. «Aquí nacieron mis padres y aquí me crié y me quedé. Para mayo voy a hacer los 71 años. Ahora en la parroquia hay cuatro vecinos. Recuerdo cuando éramos más de treinta y se tocaba el tambor y la gaita. Bailábamos a lo agarrao y cambiando la pareja. Arrimábamnos a las mozas para sacarlas a bailar. Había algunas que nunca querían. Los bailes de antes eran de más lealtad y cariño. Ahora, con eso de les discoteques, estás bailando con una moza y no la tienes casi ni cerca, ye todo más friu».

Manuel Hortal habla sin parar. «Aquí sabemos muchas coplas y chistes, ¡y de los verdes! Gústame la música mucho. ¿Ves esa casa de ahí, esa que está medio cayendo? Ahí vivía un paisano que ya murió, pero que despachó tres muyeres. Casóse tres veces y acabó con todas. Esi sí que era listu».

«¡A ver si vienen otro día por aquí! ¡Que tengan mucha suerte en la vida!», se despide Josefa desde la puerta de la casa. «Ahora quedará toda triste y no hablará en un buen rato», dice su hija. Y es que las visitas son escasas. Salvo los hijos, nietos o familiares, pocas personas se acercan a este recóndito y casi escondido pueblo. Por eso, cuando ven a algún montañero que va de paso hacia arriba, intercambian unas palabras con él. «Hoy anda por ahí uno de Gijón, de la calle no sé qué, pa cerca de la playa que tienen allí, igual lo conocéis. Vino hace un rato y volverá a pasar por aquí cuando baje».